



Condiciones humanas para el encuentro con Jesús

+ SANTIAGO SILVA RETAMALES

El presente artículo continúa el publicado en el número anterior de la Revista *Stella Maris*: «Discípulos misioneros o el ADN de la identidad cristiana», en el que me refería a los cuatro eslabones que forman la “cadena genética” del discipulado misionero: “**ir** (opción) a **ver** a Jesús (convivencia) para **creer** en él (comunión) y **contarlo** (misión)”. Se trata ahora de describir algunos rasgos humanos del encuentro con Jesús que hacen posible la configuración del ADN del discipulado misionero.

El encuentro con Jesús tiene que tocar lo humano para purificarlo, transformarlo y potenciarlo. El encuentro con Cristo nos hace más humanos, porque estamos llamados a «ser hombres perfectos hasta que consigamos la madurez conforme a la plenitud de Cristo» (Ef 4,13). Hoy más que nunca la vida cristiana necesita -para ser tal- acompañar procesos de humanización.

Según varios psicólogos, toda vida humana que busque madurez y plenitud requiere de *identidad* (“¿quién soy?”), *intimidad* (“¿con quién comparto mi vida?”) y *fecundidad* (“¿a quién dejo mi vida?”). La **identidad** no sólo tiene que ver con quién soy ahora (presente), sino también con hacerme cargo de por qué soy como soy (mirada al pasado) y discernir qué estoy llamado a ser (mirada al futuro). La **intimidad** es la complicidad e interacción de vidas en razón del amor, pues sólo quien «ama desde el fondo de sí mismo» (PIKAZA) transparenta su alma y la “des-vela” ante el otro (saca o corre el velo); para compartir la intimidad, primero hay que “aprehenderse” o “asirse” a sí mismo, de aquí el valor del silencio y la contemplación. La **fecundidad**, porque es nota distintiva del ser humano en cuanto tal, no es sólo física, aquella propia de un estado de vida (matrimonio); la fecundidad es servicio a la vida humana y divina que la redención de Jesús puso en nuestro ser y en nuestra historia; ser y hacerse fecundos es concebir y cuidar esta vida al modo como los padres favorecen la vida de sus hijos.

¿Qué rasgos humanos contribuyen a hacer del encuentro con Jesús una fuente de *identidad*, *intimidad* y *fecundidad*? Nuestra experiencia de amistad (encuentros) y enemistad (desencuentros) nos ayudan a describir y comprender estos rasgos.

1- Encontrar a Jesús es buscarlo. Hemos sido creados para buscar a Dios (Hch 17,26-27) y, desde que Dios se reveló por Jesús, buscar a Dios es buscar a su Hijo amado (Jn 14,9). El motivo de la búsqueda es el conocimiento de Jesús y la experiencia de su obra de salvación. Hay que buscarlo como quien busca un



tesoro invaluable, «la piedra preciosa» que el Padre nos regala (Mt 13,45-46) en la que hay que invertir vida y recursos. Buscar a Jesús, Hijo del hombre, va de la mano con la búsqueda del propio yo, al punto que un criterio de autenticidad del encuentro con él es el encuentro consigo mismo. No siempre es así por lo que no es raro «vivir una relación con lo divino que no ponga en juego a la persona, que no la obligue a sacar fuera su realidad más íntima, que no le desvele los monstruos que la pueblan» (CENCINI). ¡No podemos perder nuestra condición de buscadores de Dios!

2- Encontrar a Jesús es vivir en su presencia. La presencia de la que hablamos es la permanencia sin pausa del Ser divino y amado en la vida, presencia tan efectiva que modela intenciones, palabras y conductas. Esta presencia sólo la cultiva el amor. Vivir en la presencia de Jesús es encarnar en la realidad temporal y caduca la «realidad fundante» (BENEDICTO XVI), es decir, la presencia de Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre, adquiriendo una forma nueva de presencia en el mundo y un nuevo modo de relacionarse. Vivir en la presencia de Jesús es abandonar todo aquello que disipa “su permanencia” en nosotros y entre nosotros.

3- Encontrar a Jesús es pertenecerse. Quien encuentra a Jesús como amigo (Jn 15,14-15) y hermano (20,17) adquiere clara conciencia de pertenencia mutua. Es que los lazos de amistad crean vínculos profundos que llevan a los amigos a envolverse de una benevolencia cariñosa que sustenta la pertenencia. El cultivo de este vínculo que exige tiempo y amor “domestica” en lenguaje de SAINT-EXUPERY, haciendo que el amigo sea del todo significativo para mí: «Tú no eres para mí todavía más que un niño igual a otros cien mil niños y no te necesito para nada. Y tú tampoco necesitas nada de mí. Sólo soy un zorro más, entre cien miel zorros semejantes. Pero si tú me domesticas, entonces ambos tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, como yo lo seré para ti». La mutua pertenencia, a su vez, fundamenta la fidelidad, pues quienes saben que “uno es para el otro” no ponen en riesgo sus vínculos de comunión, sino que los cuidan y favorecen.

4- Encontrar a Jesús es exponerse. “Exponerse” es poner fuera, sacar a la luz, contar. Para “exponerse” hay que partir tomando conciencia -por la introspección- del ser íntimo con toda su variedad y complejidad; luego, hay que dar nombre a instintos, sentimientos, proyectos... y, sin engañarse, definir las notas propias de la intimidad en relación a personas, acontecimientos, cosas...; finalmente, hay que “decir-se” mediante palabras o gestos. Sólo así se exterioriza la interioridad sin careta alguna, sin “hipocresía”, palabra que designaba la máscara del actor griego cuando representaba a algún



personaje. El diálogo sincero requiere de personas que se “expongan”; este diálogo “des-vela”, esto es, saca o corre el velo que envuelve nuestro misterio. Quienes “se dicen así” se ofrecen en comunión. La historia de la salvación es “diálogo”, pues Dios para “decir-se” con plenitud y sinceridad “se expone” por su Verbo hecho carne en medio nuestro quien, a su vez, como Hijo amado, “se dice” de tal forma que revela los rasgos paternos / maternos de su Padre, rasgos que caracterizan su forma de reinar. “Orar” es ponerse frente al Rostro humano de Dios para “ex-poner-me”. Si la oración es sólo decir, “sin decir-me”, es fácil que se convierta «en un modo de defenderse de Dios y del propio yo, en una especie de mentira colosal contada por alguien que se esconde incluso de sí mismo detrás de una máscara bien acicalada» (CENCINI).

5- Encontrar a Jesús es autenticarse. La autenticidad es un valor apreciado en nuestra cultura. Se la confunde con la “franqueza” olvidando que el mandamiento principal es el amor a Dios y al prójimo y así -por el deseo de “ser auténtico”- se destruye la comunión. Se la confunde también con la “espontaneidad”, diciendo y haciendo lo que se lleva a flor de piel sin preocupación por discernir la consistencia de palabras y obras. La obediencia libre y generosa es lo que hace a Jesús radicalmente auténtico, motivo de complacencia para su Padre (Mc 1,11). Así como Jesús se autentifica sujetándose al querer del Padre, así se autentifica quien -por el encuentro con el Hijo primogénito- hace realidad “el sueño” del Padre, restituyendo en él - como don y tarea- la figura original de hombre / humanidad dañada por el pecado y redimida por Dios. Es auténtico quien se apropia espontáneamente del proyecto del Padre revelado en su Hijo amado, por lo que palabras y gestos complacen al Padre, pues emergen de su conciencia de hijo e hija de Dios.

6- Encontrar a Jesús es implicarse. “Implicar” es unir, entrelazar, encadenar. El encuentro sincero “implica” o “entrelaza” la vida y el destino de los amigos al punto que los bienes y males son alegrías y dolores de ambos, y lo hecho a uno se hace también al otro. Jesús mismo implica a los suyos en su misión cuando les dice: quien «los escucha a ustedes, a mí me escucha; quien los rechaza a ustedes, a mí me rechaza» (Lc 10,16). Para quien se “implica”, lo del amigo no le es indiferente, le afecta y conmueve ya sea para bien o para mal. “Implicarse con Jesús” tiene una consecuencia eclesial: hacer propio el sentir de los de “su casa” o “familia” (la Iglesia). Implicarse no es sólo entrelazar la propia vida con la de Jesús, sino también con la vocación y misión, y con las esperanzas y dificultades de los suyos.